

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

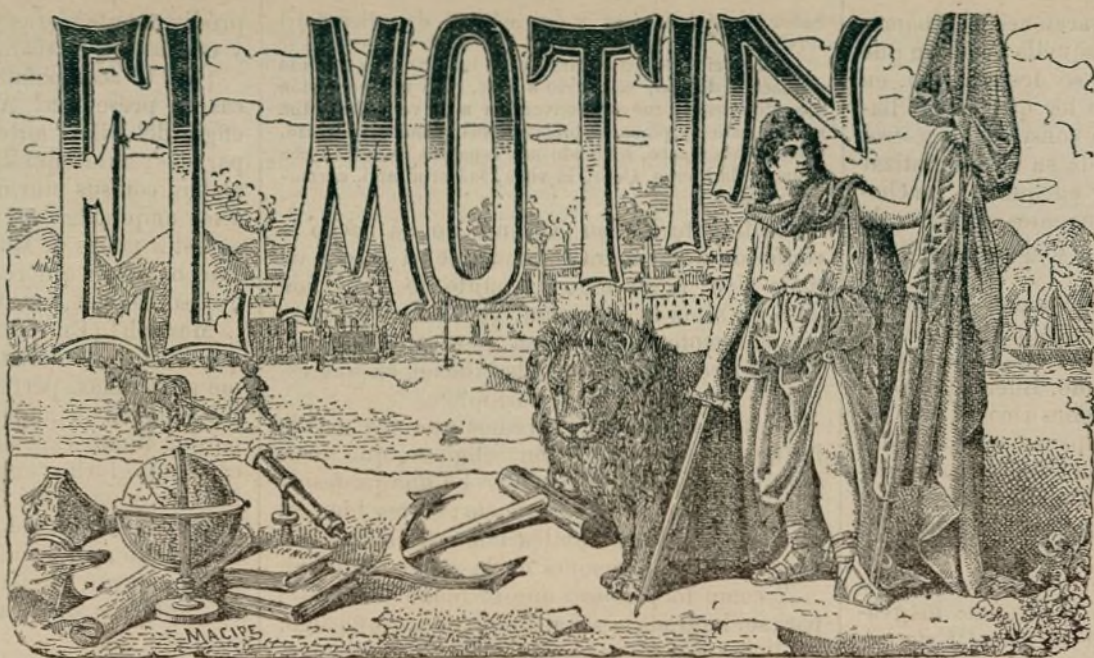
Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid: librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

RECUERDOS DE UN EXCLAUSTRADO

¡Cuántas visitas hice á D. Ruperto, no por el gusto de conversar con él, sino por aquel magnífico chocolate con que me obsequiaba!

Aquella Doña Mónica, que debió tener unos quince muy apetitosos á juzgar por los rasgos de su ya marchita fisonomía, chocheaba un poco cuando yo la conocí, pero aún confeccionaba un soconusco de *primitivo cartello*.

Y luego D. Ruperto fumaba unos cigarros filipinos tan magníficos, que me sentía atraído hacia aquella casa como el acero por el imán.

¡Qué ratos más felices pasábamos el ex-fraile, su ama y mi humilde persona, sentados en torno de la mesa á cuyos pies ardía un excelente brasero! En tanto que Doña Mónica hacía calceta, y Mendizábal, hermoso gato de Angola, se acurrucaba junto á la lumbre, D. Ruperto me soltaba un cigarro puro y *aliquando* me invitaba á tomar rapé, oferta que siempre rechazaba, pues no creía á mis fosas nasales capaces de resistir aquel endemoniado polvo que tantos y tan resonantes estornudos arrancaba á mi buen amigo.

Era D. Ruperto admirador fanático de todo lo antiguo: para él no había mejor sistema de gobierno que el absolutismo puro y neto, mejor luz que el aceite de oliva, bailes más graciosos que el *minué*, las *boleras* ó las *habas verdes*. Y me vi y me deseeé para convencerle de que debía encender los cigarros con fósforos, y no con aquel descomunil eslabón que había sido navaja de afeitar, aquel pedernal enorme, y aquella rebelde mecha que ni un rayo la encendía.

Pero cuando estaba más famoso, era cuando me refería las peripecias de su vida conventual; se entusiasmaba, le temblaba el pulso, se le encandilaban los ojos, y en el fervor de sus recuerdos le soltaba unas patadas al gato, que el animal ponía el grito en el Cielo.

—Tú no has conocido el Madrid de aquellos tiempos—me decía,—el Madrid de los frailes. ¡Qué tiempos aquéllos! La Mónica, que los ha conocido, te podría informar casi mejor que yo.

Aquí el ama lanzaba un suspiro que partía los corazones, y exclamaba:—Entonces estábamos mejor que ahora: había más orden en la sociedad, más religión en las familias, y unos granaderos de la Guardia Real, que se iban los ojos detrás de ellos.

—No es eso, Mónica, lo que digo—interrumpía el exclaustro. —Me refiero á que en aquella época daba gloria andar por la corte. No se cruzaba una calle sin encontrar una iglesia, no se doblaba una esquina sin tropezar con un convento ó beaterio; por aquí pasaba un franciscano con su sayal burdo y desmadejado; por allí un gilito; por la acera de enfrente un agustino; junto á aquel recodo un agonizante; más allá... Pero los más salados éramos nosotros, con nuestro hábito blanco y nuestro manto negro:

la gracia y la maravilla de las comunidades. Mónica, saca el hábito que está en el baúl, para que vea este señor que no miento.

—No se moleste usted—decía yo;—basta que usted lo diga. Para mí es artículo de fe todo cuanto usted asegura.

—¡Y qué vida más hermosa llevaba yo en aquellos celeberrimos tiempos! A las ocho de la mañana salía de Santo Tomás, el más ilustre convento de la más inclita de las órdenes...

—Donde residía el fraile más insigne de los hijos de Guzmán—añadía yo, codicioso de un nuevo cigarro.

—No seas adúlador... Fuma y escucha. Bajábame por la Concepción, y preguntaba en la portería por la madre Luisa; llegábame á los Jesuitas, donde adquiría noticias del padre Gómez; seguía hasta la Latina, donde la superiora me daba un dulce y una copa, á cambio de una oración en verso que todos los días le llevaba; y luego, previa una visita al párroco de San Andrés, daba con mi cuerpo en la celda de mi amigo fray Lucas, el único fraile de San Francisco que tenía dos adarmes de talento. Charlábamos de *la cosa pública*, salíamos á la huerta, que tendría unas tres hectáreas, y al poco rato me iba á visitar á mis confesandas de la calle de la Paloma, que eran las mozas de mejor trapío que se paseaban por Madrid. ¿Verdad, Mónica?

—No me acuerdo de eso—respondía malhumorada el ama.

—Más tarde visitaba á un teniente de San Millán; luego me llegaba á los clérigos de San Cayetano; después á los Escolapios, y, últimamente, al convento de Atocha, de nuestra orden sacrosanta...

—Pues corría usted medio Madrid.

—No lo creas, hijo, no lo creas. Después de hacer una visita á la ligera al prior de los Jerónimos; de saludar al guardián de los Capuchinos de San Antonio; de pasar un rato de broma con los de la Victoria; de fumar un cigarro en compañía del rector del Buen Suceso y tomar un enjuague con el lector de Teología de San Felipe el Real, daba los buenos días al párroco de Santa Cruz, y me metía en el convento.

Como el pez en el agua me encontraba en mi querida mansión, pues nada me faltaba en ella. Buena y abundante comida; un hermano repostero que me daba muy buenas copas á cambio de ciertos pecadillos que yo le tapaba; un lego á mi servicio, tan limpio y tan diligente, que me arreglaba la celda como una tacita de oro. ¡Lástima grande que le despidieran porque se escapaba todas las noches por una ventana, llevándose bajo los hábitos las mejores cecinas y las más exquisitas botellas del convento, que luego se engullía en amor y compañía con una rubia de la Cava de San Miguel!

Sin que sea inmodestia, puedo decirte que en

nuestra santa casa se albergaba un conjunto de notabilidades. El P. Rodríguez tañía la guitarra con tal donaire, que dejaba tamañito al barbero de Puerta-Cerrada; el P. Meneses hacía logogrifos en latín, tan enrevesados, que únicamente él los entendía; el P. Rivera recolectaba hierbas medicinales con tal acierto, que una vez me dió una purga, que bendita sea su alma si no eché hasta los hipocondrios. ¿Pues qué diré del P. Juaneda, que domesticaba hormigas; del P. Miranda, que gobernaba relojes; y del P. González, que hacía unas trampas para cazar ratones que daba encanto verlas?

Otro había, el P. Villergas, chiquitín, jorobado, cojo, que todo cuanto tenía de feo tenía de gracioso. Era capaz de burlarse de un entierro. No había clérigo secular que se escapara de sus manos, ni fraile de otra orden que se librara de sus epigramas, ni convento de la nuestra que no ridiculizase, ni hermano de la comunidad á quien no dirigiese una chirigota.

Voy á contarte una travesurilla que entre el susodicho P. Villergas y mi humilde paternidad le jugamos al prior... Pero ¿qué? ¿te fastidias oyéndome? Fuma, hombre, fuma, ya que tienes la desgracia de que te gusten más mis cigarros que mis palabras.

Pues verás. En el convento, más que el *Breviario* se manejaba el libro de las cuarenta hojas, y por las noches nos pasábamos unos á las celdas de otros y echábamos cada tute que cantaba el Credo. Súpolo el prior, y se propuso vigilar los dormitorios. Una noche que estábamos jugando el P. Villergas y yo, sentimos pasos en la galería á que correspondía mi celda. Era *el amo*. Para coger *infraganti* á los jugadores se quitó los zapatos, los dejó arrimados á una pared, y echó á andar descalzo por los claustros. Nosotros matamos el candil, y el P. Villergas me dijo:—¿Quiere vuestra paternidad que le juguemos una trastada á su reverendísima?

—Veamos, le contesté.

—Pues muy fácil. Salgo, cojo los zapatos, los tiro al jardín, me meto en mi celda, me acuesto, vuestra paternidad hace lo mismo, fingimos dormir, roncamos, y adivina quién te dió.

—No me parece mal—repuse; é hicimos lo que Villergas indicaba.

A la media hora volvió el prior en busca de su calzado; busca por aquí, busca por allí, y los zapatos no parecían. En esto acertó á pasar un novicio, á quien una necesidad urgente sacó de su celda, y el prior la tomó con él.

—¿Dónde están mis zapatos?—le preguntó.

—Donde vuestra paternidad los haya puesto—respondió el pobre muchacho.

—¡Mientes, bellaco, que yo aquí los puse y no están!—exclamó el prior, mientras la emprendía con él á mojicones, coreados con estas palabras:—¡O parecen, ó te arranco una oreja! ¡Pillo! ¡Bribón! ¡Liberal!!!

En estas inocentes distracciones pasábamos la vida, cuando ¡ay! llegó aquella época en que las pasiones del populacho se desbordaron, en que las atildadas manos de los que hoy se llaman conservadores porque conservan nuestros bienes, dieron por terminada su obra de atizar el fuego de la discordia, y en que las muchedumbres invadieron los conventos en guisa de matanza, cuchillo en mano y dispuestas á sacrificar hasta el último fraile.

Reconozco que en Madrid había exceso de conventos (setenta y dos eran, si mal no recuerdo); pero atacando nuestro recinto cometieron la mayor injusticia del mundo. Bueno que asaltasen los claustros de los frailes ricos; ¡pero los nuestros, ¡infelices!, que apenas teníamos dos docenas de fincas en Madrid, unas cuantas dehesas esparcidas por toda España y tal ó cual legado perpetuo, que, á mucho estirar la cosa, produciría cinco mil duros anuales!

Reconozco también que los frailes de otras órdenes habían fomentado las iras de los realistas, se habían asociado á *El Angel Exterminador*, habíanse entregado en cuerpo y alma á *Los Apostólicos*, y, finalmente, habían tomado las armas en pro del Pretendiente; pero, lo repito, allanar nuestra morada fué la mayor de las iniquidades.

Tranquilo estábamos en el refectorio, cuando entró un hermano lego gritando como un energúmeno: ¡Sálvese el que pueda, que vienen degollando!

Y era verdad. ¡Y qué cara tenían aquellos malditos! Uno de ellos salió tras mí, navaja en mano, por aquellos claustros, y me siguió... y me siguió de tal modo, que me tuve que tirar al patio por una ventana de la galería del piso principal. ¡Y gracias á que en mi caída invoqué á Santo Domingo, no me rompí más que una pierna!

Arrastrándome como pude, me escondí en una pila de leña, y allí estuve oculto hasta que por la noche vi á uno de los nuestros que, disfrazado, provisto de una linterna y armado de una enorme faca, con pretexto de matar frailes andaba merodeando por la casa. Llaméle, atendió á mis súplicas, y, como Dios le dió á entender, me hizo una cura digna de un veterinario, me condujo á las bóvedas, y allí estuve escondido hasta que pude por mi pie salir á la calle...

En estos últimos tiempos, al ver el incremento que tomaban las nuevas fundaciones frailunas, díjele un día á D. Ruperto:

—Ahora se le presenta á usted ocasión de coger de nuevo el hábito é irse á terminar sus días en un convento.

—¿Al convento yo?—me contestó airado.—¡Antes para mi entierro venga el cura! ¡Santo Tomás, una y no más! ¡El gato escaldado!...

JOAQUÍN G. LOSADA.

DETRÁS DE LA CRUZ, EL DIABLO.

Frasco Antonio, el compañero de glorias y fatigas de Melgares y el Bizco, ha sido muerto por la Guardia civil en la flor de su vida, y cuando le sonreía un porvenir brillante de robos, secuestros y asesinatos.

Pero, dicho sea sin ánimo de ofender á ningún impío, ha bajado á la tumba como debe bajar todo buen católico, apostólico, romano: con tres escapularios de María Santísima bajo tres diversas advocaciones.

Esta muestra de devoción, este rasgo de piedad mística, este fervor cristiano, quizás hayan influido grandemente en el ánimo del Dios de la Justicia, por lo cual es posible que á esta hora anden ángeles, arcángeles y querubines deshaciéndose en reverencias ante el alma del célebre bandido andaluz.

No sería el primer caso. Precisamente tengo á la vista lo que acaba de decir *El Correo Catalán* acerca de la vida y milagros de San Frasco Antonio, digo, de San Franco de Sena:

«Fué ladrón famoso, bandolero, rufián, blasfemo y jugador, pasando los días y las noches en garitos, tabernas y lupanares. Se hizo soldado, y se dió con más disolución á sus vicios. Por una blasfemia que dijo en el juego, el

Señor le quitó la vista, y por inútil le despidieron del servicio.

«Aborrecido de todos, ciego y sin hallar quien le diese un bocado de pan, se volvió á Dios, hizo una confesión muy dolorosa, y fué su conversión muy verdadera. Iba por las calles y plazas publicando sus pecados, descalzo, vestido de un saco, hiriendo sus espaldas desnudas con cadenas de hierro. Cobró la vista, fué ermitaño, carmelita y santo.»

Realmente Frasco Antonio no ha hecho la confesión de primera calidad que su colega en mala vida; pero como un punto de contrición da á un alma la salvación, ¿quién me asegura que el devoto de la Virgen no se arrepintió de veras al ver entrar en la habitación en que estaba á los amigos del tricorno?

De todos modos, admiremos una vez más la influencia de la educación religiosa, que no se pierde ni aun haciendo del robo una profesión y del asesinato un sacerdocio; antes bien se arraiga y fortifica ante los lamentos de las víctimas y las emanaciones de la sangre caliente.

Y como lo primero que el hombre necesita para ser honrado es ser religioso, tener fe en algo, enaltezcamos la memoria de ese fiel creyente en la Santísima Madre de Dios, que se dedicaba al crimen bajo la garantía de tres escapularios, y que ha venido á demostrar cumplidamente lo que ya sabíamos, esto es, que no todos los religiosos son criminales, pero sí todos los criminales son religiosos.

Lo único grave de estos ejemplos está en las alas que dan á todos los ladrones, asesinos, rufianes, blasfemos, jugadores, borrachos y disolutos; pues confiados en que no les faltará una hora para arrepentirse, ó que les servirá de padrino el santo ó santa cuyos escapularios llevan junto al corazón que les inspira los crímenes más atroces, continuarán cometiéndolos tranquilamente, con grave daño del prójimo.

De aquí en adelante, escarmentado con estos y otros católicos ejemplos, llamaré á una pareja de la Guardia Civil en el momento que vea asomar la punta de un escapulario en un pecho devoto; y aun creo que no estaría de más recomendar á la Policía que se dedique á indagar la vida y costumbres de los que los usan, en la seguridad de que tropezarían con muchos criminales.

Y por si fuere poco eficaz el procedimiento de avisar á la pareja, recomiendo á los ciudadanos honrados que echen mano al revólver al ver un caballero con escapulario, y al menor movimiento sospechoso le den gusto al dedo, aun cuando sepan que por el agujero de la bala sale escapada al Cielo el alma del Frasco Antonio; bien entendido que se equivocarán pocas veces, pues por algo se repite desde hace siglos la frase que sirve de epígrafe á este artículo.

✕ ¿CONQUE TE VAS Y ME DEJAS?

Transida el alma de dolor, arrasados los ojos en lágrimas, palpitante de pena el corazón, leo que mi fraile barbudo, el famoso Molina, toma el olivo y se marcha á Italia.

¿Dónde irá yo ahora, desventurado de mí, á oír aquellos sublimes disparates con que regalaba mi oído? ¿Hacia dónde tenderé la vista que vea aquellas sus retrecheras barbas? ¿Quién confortará mi ánimo afligido, acallará mis penas y me llenará de regocijo con un centenar de tonterías?

Desde que supe la noticia estoy triste, melancólico, desganado, y el tedio y el pesar me dominan, lo mismo al asomar el astro-rey por Oriente, que al ocultarse entre auri-rosados celajes, que se me antojan más negros que la conciencia de un cura.

¡No me mates, Lorenzo; no me mates, Molina; porque yo no concibo la existencia ausente de tu mirada y sin escuchar tus estúpidos razonamientos!

Muda, muda de intento,
simplecillo de ti, que no te entiendes.

¡Aparta, sí, de tu mente la idea de irte á vivir entre las hijas de Boccacio! No busques el cielo azul de Italia, abandonando el no menos hermoso de Hesperia.

Quédate entre nosotros, que yo subvendr

pródigamente á tus necesidades, por muchas y enormes que sean.

¡Yo te acompañaré á cuantas juergas místicas se presenten! A postrarnos ante la sacra efigie del Pilar; ante la Madre de los Desamparados; ante aquella de Granada, Virgen que alaban con sus murmullos el Genil y el Darro; á las empinadas cumbres de Montserrat; á las agrestes peñas de Covadonga... á la Virgen del Puerto, si tú quieres, cuando llegue la época de los melones, tus tocayos.

Mas ¡ah! ¡En vano mi clamor, fútil mi lloro!, que decía un sacristán de Atienza. ¡Te vas y me abandonas, pérfido que tú eres! ¡A mí, que fui siempre tu mejor amigo... acaso el único, porque tienes cara de tener pocos! ¡A mí, que canté tus glorias, ensalcé tus proezas, referí tus hazañas y enumeré tus despropósitos!

¿Qué hubiera sido de ti sin el eficaz y desinteresado apoyo que siempre te presté? Si no fuera por mí, ¿quién te conocería en España, así hubieras disparatado más que el *sursum corda*?

Y debiéndome todo esto ¿te vas, sin atender á mis ruegos, sin cuidarte de mi dolor? Eres tan desagradecido como *carca*.

¡Vete, vete, ingrato desconocido; mas permita el Cielo que te mesen las barbas y quedes reducido á la categoría de un frailuco vulgar; que pases más fatigas que rebuznos has saltado por estos católicos reinos; que no tengas hábito que vestir ni sastre que te lo fíe; que atraveses descalzo una selva llena de abrojos y avisperos; que llegues á tener sentido común, para que el recuerdo de tus barbaridades te atormente; que el prior del convento adonde vas te ate corto y no te deje andar suelto entre las beatas, para que no veas ni una mirada cariñosa, ni media lira en metal acuñado!

¡Así sea, desagradecido, pérfido, zulú! ¡Molina!

UN ASMODEO CLERICAL

El 19 de Diciembre renunció una linda señorita de Zaragoza al mundo y á los hombres, para darse al cielo y á los curas.

A ún beato se le encabrita el pensamiento en vista de la ceremonia, y se arranca por los siguientes párrafos místico-descriptivos:

«Se trataba del *Entrático* ó imposición del velo de novicia en la religiosa orden de las Fecetas á una virtuosa joven de esta capital, la señorita doña Serapia Aznar Cerdán, y la nave de aquel templo podía apenas contener al numeroso y distinguido concurso que allí se hallaba con el objeto de estrechar por última vez la mano de aquella señorita que á los veintidós años ha renunciado voluntariamente á los bulliciosos placeres y ficticias alegrías de nuestra sociedad, para dedicarse por completo á Dios en la silenciosa y tranquila celda de un convento».

Lo de *renunciar voluntariamente* me parece muy oportuno para distinguir esta renuncia de otras que muchas familias, imbuidas por la gente negra, imponen casi á palos á algunas jóvenes más adictas al matrimonio que al monjío.

Pero continúen ustedes leyendo, y verán cómo se suelta de péñola el sagrado cronista:

«Los preparativos que se habían hecho para este acto eran en un todo iguales á los que se hacen para una boda, pero no se hacían con tan precipitado y alegre bullicio; por el contrario, eran tristes, silenciosos, imponentes.

«Y era natural: en toda boda son necesarias dos personas para realizarse».

¡Lo que descubren estos católicos! Por supuesto, que el ciudadano de Zaragoza no tiene privilegio de invención. Ya le ganó por la mano el cura de mi pueblo, que decía: «El tercer pecado capital es el mayor de todos, porque, para cometerle, hacen falta dos personas».

Y sigue el revistero de bodas místicas:

«A las once en punto, la señorita Aznar, que vestía elegante y rico traje de raso blanco brochado, con finísimos encajes Valenciennes, y ceñiendo su cabeza la corona de azahar, esa delicada flor que simboliza la castidad y la pureza, cruzó con resuelto y seguro paso la iglesia hasta llegar al altar mayor, en cuyo centro se arrodilló, y, tomando un cirio en su mano derecha, se dispuso á oír con ferviente recogimiento la misa y recibir después la bendición que había de darle entrada en aquella severísima orden.

«Pocos instantes después, la señorita doña Serapia Aznar Cerdán, que ya había cambiado su nombre por el de *sor Teresa de Jesús*, se presentó con sus hermanas en el coro, en cuyo centro se arrodilló para escuchar el *Te-*

Deum que le cerraba las puertas de la sociedad, y le abría, en cambio, las más seguras de la religión».

El cambio de nombre es corriente, no sólo entre señoras religiosas, sino también entre otras señoras no religiosas. Así, á lo mejor se oye llamar Pura á la que antes respondía por Toribia.

El revistero termina diciendo que la madrina obsequió espléndidamente con chocolate, dulces, pastas y vinos á la distinguida concurrencia que había sido invitada.

Estaba viendo que la cosa iba á acabar en jolgorio, como todas las de esta clase.

Relatados los hechos con las mismas palabras del Asmodeo clerical, sólo me resta dar mi enhorabuena á la novicia, á la madrina, á las monjas Fecetas y al capellán de las monjas Fecetas. A este último sobre todo, por la nueva hija espiritual que se le ha entrado por las puertas.

Cada vez que se da un caso de éstos, me doy á mi santo patrón Lucifer por no haberme inspirado á tiempo la hermosa idea de hacerme capellán de monjas.

El se lo ha perdido; porque no digo nada si hubieran sido de calibre los servicios que yo le hubiera prestado en un convento.

Sin vanidad ni jactancia, puedo asegurar que le hubiera prestado tantos como el más robusto capellán. Que es prestar.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Existe en Montealegre la costumbre de armar un baile, llamado de las Animas, en el cual se baila por puja el último día de Pascuas; y, según dicen los *cuervos*, se aplican los productos á las misas de alba y de once que se endosan á las referidas inquilinas del Purgatorio.

Este año le ha dado al alcalde por intervenir la puja, y están los *cucarachas* con unos pujos de ira que ya, ya. La cosa ocurrió así:

Solicitaron los del solideo la autorización para el baile, y el alcalde, que debe ser un *barbián* de tomo y lomo, les dijo que concedería el permiso si le presentaban las cuentas de lo recaudado en los dos años anteriores, el sobrante que hubiera, y siempre que lo que se recaudara este año se distribuyese entre los pobres, más necesitados en verdad que las Animas benditas; á cuyo efecto deberían quedar los fondos en manos de la Autoridad municipal.

Como es de suponer, los clérigos no accedieron á estas condiciones, pero armaron su baile, digo, el de las Animas. Cuando más engolfados estaban en la fiesta, llegaron cuatro prójimos, que al teniente cura que presidía se le antojaron fiscalizadores de la recaudación.

Lo mismo fué verlos que subirse en una mesa é improvisar un discurso, entre lastimero y amenazador, diciendo que, si no había este año misas, era por culpa de los malos cristianos; que si Dios, airado, enviaba una epidemia, se lo tenían bien merecido; con otros *timos* de este jaez.

A pesar de esto, el baile se quedó en agua de cerrajas y las Animas sin un cuarto, lo cual no les extrañará gran cosa, porque todos los años les venía á suceder lo mismo. En cambio, algún ama de cura tendrá que ingeniárselas de otro modo que en años anteriores para comprar las gorritas de niños que pueda necesitar.

Hay sin duda quien me supone tonto, ó poco menos, cuando me viene con cuentos como el siguiente, creyendo que yo lo voy á creer:

«Como la mayor parte de las ovejas de Camuñas no dan lana para la iglesia, tiene el cura que ingeniarse para sacar todo el partido posible de las que se dejan trasquilar; y como para un *grajo* todos los medios son buenos siempre que conduzcan á sacar dinero, celebra con frecuencia bailes en su casa, á los que acuden beatas viejas, hijas de María y viejos verdes, á la vez que algún otro hijo del demonio.

Lo gracioso es que allí no baila sino el que larga la *guita*, siendo preferido el que más cuartos da; y que se permite ofrecer una cantidad porque baile una moza con un viejo asqueroso, y viceversa, obligándoles á aceptar si no dan ellos mayor cantidad que la ofrecida por el chusco.

Resultado: que se recauda una buena cantidad, que va santamente á parar al bolsillo del pastor, sin duda por el trabajo de celebrar el buen humor y ocurrencias de sus borregos.

Y sucede á lo mejor que un mozo ofrece un real porque una muchacha baile en enaguas, y no hay otro remedio que satisfacer ese capricho, como no sea que la aludida dé dos reales por no complacer al que hizo tal proposición».

¿Les parece á mis lectores absurdo el cuento? Pues lean éste otro atribuido al mismo *cuervo*:

«Cuando la iglesia celebró el año último el Nacimiento del Mesías, puso un Niño Jesús en una cuna muy arregladito, é hizo comprender á las beatas que la que durmiera con él (con el niño, no con el cura) ganaba no sé cuántas indulgencias.

Y cátese que el pobre Jesús tuvo que acostarse, hoy con una beata vieja, mañana con otra, y cada noche con una, mediante una cantidad que el cura cobraba por cada dormida. Sólo Dios sabrá cómo sería tratado el Hijo de Dios en esas noches.»

¿Es creíble nada de esto? De ningún modo. Y si lo copio, es sólo para que, si hay alguno que tiene intención de venirme con cuentos parecidos, se abstenga de hacerlo, pues no tengo tan buenas tragaderas como algunos suponen.

Ha tiempo vivía en Burgohondo un capitán de caballería en situación de reemplazo, cuyo señor tuvo necesidad de solicitar un préstamo para cubrir atenciones de familia que su corto sueldo le impedía satisfacer.

Acudió al padre de los necesitados, el cual le entregó mil y pico de reales, exigiéndole únicamente recibo en toda regla, y como garantía una papeleta del Monte de Piedad de Avila, en que constaba el empeño de alhajas por valor de dos mil pesetas.

Al poco tiempo fué destinado el militar al batallón reserva de la Coruña, y el tonsurado usurero, impaciente por el cobro, escribió por segunda mano al coronel del regimiento, denunciándole la deuda y solicitando la retención.

El coronel, sabedor de la honradez de su subordinado, no hizo caso de la caritativa epistola, y de allí á poco se presentó el deudor en Burgohondo á vender una casa.

Háblase de que un ex-republicano que huele á emplasto le preparó una encerrona para que confesara si pensaba pagarle al cura del importe de la venta de la casa, y que el cura y dos personas se escondieron entre unos costales para oír su respuesta y testificar luégo.

Mas como esto no me importa, porque no dió resultado, me limitaré á decir que al día siguiente, el modelo de caridad y desinterés trasquilado por el vértice, demandó ante el Juzgado al militar, pidiendo el embargo de la casa, y que salió con las manos en la coronilla.

Y que el capitán, obrando como quien es, un caballero, vendió la finca en la mitad de lo que valía y le pagó la deuda al *cuervo*; que, en honor de la verdad, no es el que está hoy en Burgohondo.

La historia es curiosa, y prueba una vez más el desinterés y abnegación de la clase.

De El Buen Sentido, de Lérida:

«Pero ¿adónde vamos á parar?

La incredulidad, la irreligiosidad, la impiedad, la irrespetuosidad con las cosas y las personas sagradas, van invadiendo todas las capas sociales; hasta la capa social de los gorristas ambulantes.

Sí, señores; un simple gorrista ambulante, vecino de Balaguer, que vendía gorras en la feria de Arbeca, tuvo la impía audacia de no descubrirse al paso del cura de dicho pueblo, que, en cumplimiento de una de las obras de misericordia del arancel eclesiástico, iba á enterrar á un muerto.

Dió suelta el cura á su piadosa lengua apostrofando al de las gorras hasta agotar su católica y clerical ira con el comedido propio de la clase, y ni por esas; el gorrista se enfadó en no hacer caso del ministro de Dios, que, según rugía y manoteaba, si no hubiese parecido un santo inflamado en el celo de la Casa del Señor, hubiera parecido un energúmeno.

Y como quiera que el Padre Eterno, ó por distraído, ó por ocupado, ó porque no le dió la gana, no hizo caso de los conjuros de su ministro, que le pedía con mucha necesidad un rayo para el irreverente gorrista, el cura mandó llamar al juez municipal, al objeto de que éste, en sustitución del Padre Eterno, metiese en cintura al de las gorras.

Por de pronto, ya le tenemos empaquetado; y si no le tenemos emparedado, que dé las gracias á que la Iglesia, como dice muy bien el Rdo. Dr. D. Niceto Alonso Perujo, tiene las manos atadas.

¿Pues qué? ¿qué se había figurado el gorrista de Balaguer? ¿que vendía gorras en un país civilizado?»

Torpe sería si tal hubiere pensado; pues país donde hay frailes y los curas son tan beduinos,

no puede nadie suponer que disfruta de los beneficios de la civilización.

Teodoro, el de Ejea de los Caballeros: así te rompan la crisma si no tenía ganas de echar contigo un párrafo para preguntarte:

¿Qué tal saliste de aquellas brisquitas, ó lo que fueran, que dicen que jugaste en el café de la Villa durante las fiestas?

Andate con cuidado en esto de tirarle de la oreja á Jorge, no sea que te vayan á birlar los cuartitos que apañaste de la herencia de tu desgraciada hermana.

Y ya que estamos mano á mano, aprovecho la ocasión para darte el pésame por la muerte de los dos simpáticos lobos que criabas, suplicándote que te conformes con la voluntad del Cielo, ya que todos somos mortales, hasta los lobos amamantados por los curas.

Aunque, para verdadera desgracia, la muerte de aquel mono tan monísimo que hacía aquellas gracias en cuanto veía á una señora, y que era el encanto de tu vida.

¡Pobre mono! Parecía en determinados momentos un presbítero. Como también le habías criado á tus pechos, el animalito procuraba hacerse simpático.

Hay que reconocer que no tienes mucha suerte para crearte una familia... zoológica, y que debes poner en otros seres tu cariño.

En pocos días han sido robadas varias iglesias, entre ellas las de Osuna y Calzadilla de los Barros, llevándose muchos quintales de alhajas de gran mérito y, en fin, hasta el copón.

Siempre andamos lo mismo, y lo mismo andaremos hasta que no se de orden de vender las alhajas de los templos y dedicar el producto de la venta á obras útiles que den de comer al pueblo trabajador.

Y si los *curianas* se vienen con la historia de rúbrica, de que si el decoro y el esplendor del culto, que se les mande á freir espárragos.

Este es el único medio de que acaben los robos; de lo contrario, hoy les roban una iglesia (suponiendo que alguna vez no sean ellos mismos, como ya ha sucedido); mañana salen ellos á dar el *timo* á las beatas para reponer lo perdido; pasado tornan los ladrones; al otro vuelven las colectas; y, entre colectas y robos, el caso es que los fieles se quedan sin un real y que los curas viven tan gordos y satisfechos.

Así, á vender esos cachivaches, y menos que hacer tendrán los jueces y la Guardia Civil.

¿Por qué tienes ese humor tan negro, *parrodogo* de Agost?

Comprendería que lo tuvieran los cofrades de la Purísima Concepción, por la trastada que les has hecho; ¿pero tú?

Dejarlos plantados con la procesión en la calle, y luégo cerrar las puertas del templo para que se ventilasen, no se le ocurre mas que á ti.

Si estabas incomodado con ellos por cuestión de *metales*, habérselo dicho cara á cara; ¿pero dárles con la puerta en los hocicos, al par que á la augusta Señora concebida sin mancha de pecado original? Eso es imperdonable.

A ningún *cuervo* se lo pasaría, pero mucho menos á ti, que tan aficionado eres á las vírgenes. (Gusto que alabo, entre paréntesis.)

Por lo tanto, ándate con mucho ojo, pues me tienes muy incomodado, y á la primera que hagas no te levanta ni la Caridad.

Es la de Oviedo la provincia que cría los presbíteros más famosos, dicho sea sin agraviar á otras que los dan también de rechupete.

Testigo Tomasín, *pater* de Grado, que acaba de hacer un disparate de clérigo-bárbaro.

Dos individuos de distinto sexo, por ahorrar-se cuartos y molestias, contrajeron matrimonio en el altar del Amor, á estilo y usanza de los presbíteros.

Enfermó la mujer y llamaron al párroco, el cual, entretenido con sus Hijas de María, le soltó la comisión á Tomasín, que agarró los trastos y se fué á consumir la suerte.

La primera condición que impuso á la enfer-

ma, fué que había de renunciar á su compañero; y como rehusase, cargó con los chismes y se volvió á la iglesia.

Son terriblemente celosos en el cumplimiento de su deber, cuando no ven posibilidad de agenciarse unos cuartos.

Un industrial, feligrés de la parroquia de San Pedro de Ciudad-Real, tuvo necesidad de visitar al *parroquidermo* para proponerle la compra de cierta casa.

Como nuestros amados presbíteros de todo pecan menos de bien educados, aquél se insolentó con el caballero seglar de tal modo, que éste dió por terminada la entrevista y se fué á dar cuenta al obispo de los arrebatos del *pater*.

S. I. llamó al insolente, y obispo, *cucaracha* é industrial sostuvieron una conferencia á puerta cerrada.

Un paje del palacio, amigo mío de *juergas*, no ha querido notificarme lo que estuvo escuchando; pero el resultado fué que el agresivo *mochuelo* tomó á las veinticuatro horas el olivo, no se sabe hacia dónde.

Huéleme á llo, y estaré al tanto.

O crego do Merlo de La Devesa de Ribadeo celebró, según dicen malas lenguas, la festividad de Santa Eulalia, abusando mayormente del café... manchego; y como no hacen malas migas Baco y Terpsicore, se estuvo bailando desde media tarde hasta las diez de la noche, distinguiéndose en unas *muñeiras* que ya las quisieran ver más de cuatro aficionados al género flamenco.

Aquello fué gracia, y lo demás es música. ¡Qué jaleo de caderas! ¡qué saltos! ¡qué brinco! Benditos sean su padre, su madre, la borona que comió, el pilón en que bebió y la pila en que le bautizaron.

Dicen los maliciosos, que tanto él como su pareja de baile se escurrían al campo en los intermedios; mas, si esto fué así, supongo que irían á descansar de su penosa tarea. Cama para el caso no había de faltarles.

Que quien es de Baco amigo
y á tragos sus pechos mama,
nunca se acuesta sin cama;
siempre la lleva consigo.

Dice un periódico de Castellón:

«El oleaje sube. Ya salió del hospital. El domingo último se intentó hacer á viva fuerza arrodillar á un hombre que, gorra en mano en señal de acatamiento, paró su marcha en la calle al pasar el Sacramento.

Parece ser que quien forcejó al pacífico castellanense aludido, fué un padre cura.»

Mientras no ingresen en las cárceles unas cuantas docenas de presbíteros por violadores de conciencias; mientras que en la cuestión de inhumaciones no se ponga coto á sus demasías, aplicándoles el Código con toda severidad, tendremos que lamentar cotidianamente sucesos parecidos.

¡Pero á buena parte vamos á pedir severidad con los *curianas*! ¡A un Gobierno que para plantear la ley de matrimonio civil necesita andar en cabildos con el Nuncio y en humillantes remilgos con la Santa Sede!

Nuevo método de agenciarse unos cuartos, inventado por los curas:

«TEATRO PRINCIPAL DE JÁTIVA»

26 de Diciembre de 1886.

Mañana por la noche tendrá lugar la función á beneficio de la cúpula de la Catedral; se pondrá en escena la bellísima comedia *Inocencia*, y la pieza valenciana, *Un aprenent de llet*.

Aunque la función se verificó el día 27, fué verdaderamente de Inocentes; y para que á los primos que soltaron la *guita* no les quedara ninguna duda, los curas eligieron la comedia *Inocencia*.

Indirecta más clara, en mi vida la he visto.

En una casa de la calle del Jabón, en Valladolid, celebraban varios fervientes católicos con

un banquete las pasadas fiestas, cuando una infeliz mendiga les pidió una limosna.

La casualidad hizo que sus ruegos no fueran completamente desoídos, pues cuando menos lo esperaba cayó sobre su cabeza un enorme hueso descarnado, que le produjo una ancha y profunda herida.

La mendiga fué curada en el hospital, y allí continúa con pocas esperanzas de vida.

Buen procedimiento para convencer á la desventurada de que Cristo había venido aquella noche á redimir á los pobres y alentar á los débiles.

Paz en la Tierra, gloria en las alturas,
y haced *catolicadas*, criaturas.

¿Cómo te arreglas, Gervasio de Turiellos, para tener cada *inglés* mayor que un dromedario; y en qué empleas los viles ochavos que en el curato te bailas?

Como no los repartas entre tus amadas Hijas de María, ¡vive Dios que no veo la tostada!

Y no es que hagas *pellas* por necesidad, pues sé que has hecho construir una casa nueva, aun cuando esté sin adornar por suponer los contratistas que antes verán un milagro que un cuarto de tus manos pecadoras.

Si tus feligreses tardaran tanto en abonarte las misas como tú en pagar á tus deudores, habría que oírte. ¿Por qué, pues, no cumples al pie de la letra aquello de «no hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo?».

Al *clerimico* que se entretuvo el lunes de la semana pasada en echar piropos á una joven en la calle de la Montera, con tal grosería que la muchacha tuvo que refugiarse en una iglesia próxima, partíciple que modere sus ímpetus de Tenorio, porque si no le van á soltar una de estacazos á la vista que no va á poder usar albarda en tres meses.

Que faltan al voto de castidad, ya lo sabemos; pero que lo hagan siquiera con relativa decencia.

A poco más se arrancan el moño dos beatas de Puertollano á la puerta de la ermita de Gracia, por si la misa, que ambas habían pagado, pertenecía á la una ó á la otra.

No estoy muy fuerte en estos asuntos, pero me parece que se podían haber repartido la misa en la siguiente forma: que una de ellas hubiese entrado á oír la hasta llegar al *Sanctus*, y después se hubiera salido y dicho á la otra: «Anda tú, que ahora está el cura con lo tuyo». ¡Cosa más sencilla!

Los católicos, apostólicos y romanos ladrones que saquearon la colegiata de Osuna, se portaron devotamente aun en medio de aquel trance irregular. Sacaron las *sagradas formas*, las pusieron con mucha devoción sobre el altar, les encendieron unas lamparillas, no sé si rezaron algo, y después cargaron bonitamente con los sagrarios que las encerraban.

Este hecho, unido al de los escapularios de Frasco Antonio, demuestra que aquí todos los ladrones son católicos, y muy católicos.

El 2 de Enero armaron los *curianas* de Zaragoza su poquito de fiesta.

Hubo *cante*, humo y disparates á cargo de un presbítero que, si mal no recuerdo, se apellida Pardo, y que puso negros á sus oyentes con las cosas que les contó. También hubo entusiasmos beatíficos, suspiros, *jiplos* y la mar de cosas no anunciadas en el cartel.

Desde que han oído que el P. Molina piensa cortarse la coleta, han invadido esas plazas de Dios la mar de *maletas* sacros que se creen con facultades para la suerte.

Eran dos, el cura y la *pitima*, los que iban por el paseo de Santa Engracia el día 5 de Enero á las tres de la tarde.

Parece ser que el amigo se daba á disquisiciones filosóficas, y decía: «Nada sé... es decir, sé algo: sé que tengo una *curda* monumental; pero aun ésta no sé de cierto dónde la he cogido».

SERVICIO TELEGRÁFICO

Puertollano.—Susúrrase si esposa cura Feliciano estará pronto enferma.

—Todas estas profecías suelen cumplirse. Avíseme usted cuando esté en cama.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Córdoba.—Hace tres meses incoó Sebastián Sánchez expediente matrimonial civil, y todavía no se ha resuelto, porque los jueces municipales, cual si estuvieran de acuerdo con los curas, no hacen más que crearle dificultades. ¿Qué hacemos?

—Aconsejarse de persona práctica en estos asuntos, y acudir en queja al juez de primera instancia. Y sobre todo, no ceder, por si es eso lo que van buscando.

CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

Madrid.—C. G.—De las averiguaciones hechas por el señor director del Hospicio, resulta que no es cierto que los celadores exijan dinero á los acogidos por permitirles salir de paseo.

Queda contestada la pregunta que hizo usted en el *Consultor de feligreses* del Suplemento anterior, y yo tengo gran satisfacción en manifestárselo.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La *Revista de los Tribunales*, que dirige el eminente jurista Sr. Romero Girón, en cumplimiento del ofrecimiento que hace en su prospecto para el año actual de poner al día la jurisprudencia en sus cuatro secciones (*Civil, Criminal, Administrativa é Hipotecaria*), ha repartido á sus suscritores y puesto á la venta el tomo XI de su *Repertorio de Jurisprudencia en materia civil*, que comprende todas las sentencias publicadas en la *Gaceta* durante el año 1885.

Ofrece la novedad este tomo, como el IV de la *Administrativa*, tanto respecto de los anteriores de la misma colección, como de las demás publicaciones de esta clase, de que, en vez de no seguir en la exposición de la Jurisprudencia otro orden que el de fechas, se halla dividida por materias, haciendo de la Jurisprudencia cinco grupos, cuyos epígrafes son: *Derecho común, Legislación mercantil, Legislaciones especiales, Derecho internacional y Procedimiento*, de cada uno de los cuales se hacen las subdivisiones convenientes que facilitan la consulta. El precio de este tomo es el de cinco y seis pesetas.

Hemos recibido los cuadernos 26 y 27 del *Diccionario Biográfico, Geográfico, Estadístico y de la Lengua española*, de Enrique Jaramillo y Requena.

Se suscribe en Madrid, al precio de veinticinco céntimos de peseta el cuaderno y treinta en provincias, Paseo del Prado, 30, principal derecha, y en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités. Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de tres pesetas.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN PARA 1887.

Se ha puesto á la venta en esta Administración y en las principales librerías. Los señores que lleven un año suscritos al periódico en Madrid pueden desde luego pasar á recoger el ejemplar que les regalamos, previa presentación del último recibo.

Los que no lleven aún ese tiempo tendrán también derecho á recibirlo gratis, siempre que renueven las suscripción por seis meses.

Los de provincias que se entienden directamente con esta Administración obtendrán iguales ventajas dentro de las mismas condiciones.

Los demás, esto es, los que no lleven un año ni se suscriban por seis meses, sólo tendrán derecho á recibirlo con el 25 por 100 de rebaja.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición. Precio dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

MADRID: 1886.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4